

MITO Y REALIDAD DEL TERRORISMO ÁRABE

Por Charles Hill

Original: <http://www.hoover.org/publications/digest/3437241.html> [30 enero de 2007]

Traducción de Jesús M. Sáez

EL TERRORISMO florece sobre el mito. Muchas entelequias falaces y peligrosas están en el aire desde el 11 de septiembre. Entre ellas los mitos de que (1) los terroristas son auténticos combatientes por la libertad que luchan para establecer su propio estado y relaciones pacíficas con sus vecinos; (2) el Islam, religión que impulsó la paz y una gran civilización en el pasado, no puede ser considerado responsable de facilitar una plataforma causante de terror hoy; (3) el terrorismo es el último recurso de los pobres, los desposeídos y los pueblos desesperados de Oriente Medio; (4) los estados árabes con gobiernos estables y economías competentes pueden controlar la marea ascendente de militancia islámica en sus fronteras; y (5) las naciones de Occidente, especialmente EE.UU., son culpables de la naturaleza autoritaria, corrupta y atrasada de los estados de Oriente Medio.

Hay que descartar los mitos y mirar a los ojos de la realidad.

LOS TERRORISTAS NO QUIEREN LA PAZ

La acusación más frecuente subraya el papel de EE.UU. en las negociaciones entre palestinos e israelíes. No son de recibo afirmaciones como que EE.UU. ha fallado en el pasado y debe ahora cambiar sus métodos y ser más “imparcial”.

Durante años, cada vez que israelíes y palestinos se han aproximado a un acuerdo de paz, los terroristas han intensificado sus ataques. Detestan la idea de una paz semejante.

“Los que piensan que EE.UU. puede apaciguar la ira del fundamentalismo y terminar con el terrorismo imponiendo un acuerdo de paz entre Israel y los palestinos no captan la cruel realidad de Oriente Medio”.

El terrorismo árabe, con su determinación de aniquilar a Israel, es la causa principal del colapso del proceso de paz. Los blancos primordiales del terrorismo son casi todos los regímenes de Oriente Medio —no sólo el de Israel sino también los de los países árabes vecinos. El temor a ser derrocados por los terroristas lleva a estos regímenes, en su esfuerzo para distraer la atención de

sus pueblos hacia metas exteriores, a inundarlos de propaganda antiisraelí. La voluntad de Israel en los últimos años de abandonar sus posiciones innegociables previamente— y la retirada de su ejército del sur del Líbano y el ofrecimiento de abandonar las Alturas del Golán a Siria— ha generado entre los árabes la convicción de que el terrorismo funciona y que no es necesario tener en cuenta el acuerdo con Israel.

Así pues, los terroristas, los regímenes que los alientan aun temiéndolos y últimamente el liderazgo palestino, todos comparten una idea: nadie puede aceptar un acuerdo de paz entre israelíes y palestinos.

Los que piensan que EE.UU. puede apaciguar la ira del fundamentalismo islámico y terminar con el terrorismo imponiendo un acuerdo de paz ignoran la cruel realidad de Oriente Medio. Presionar a favor de una paz semejante es fomentar el terrorismo. Quien ha estado implicado en la diplomacia del conflicto árabe-israelí durante años, como yo, sabe que la paz no puede ser impuesta desde fuera. Intentar una solución semejante excusaría a una parte o a la otra o a ambas de la necesidad de hacer las concesiones necesarias para un acuerdo duradero. En las presentes circunstancias, cualquier indicación de que EE.UU. está considerando una paz impuesta será tomada por parte árabe como una victoria y un paso más en el camino para eliminar al estado de Israel.

Después de la erradicación del terrorismo, y sólo entonces, puede lograrse un acuerdo de paz israelí-palestino. Sólo después de ganada la guerra contra el terrorismo por EE.UU. puede ser posible la paz en Oriente Medio. Lo mismo es válido para muchos otros conflictos mundiales aparentemente intratables; son los terroristas los que rechazan la misma idea de la paz. Destruye el terrorismo y la diplomacia tendrá nuevas fuerzas.

¿FRUSTRACIÓN... RESENTIMIENTO... TERRORISMO?

Al día siguiente del 11 de septiembre, muchos norteamericanos se volvieron a comprometer con las libertades civiles y el respeto de los derechos de los individuos

que comparten el aspecto, las costumbres o la religión de los terroristas enemigos de EE.UU.

“Sólo después de ganar la guerra contra el terrorismo será posible la paz en Oriente Medio.”

La dimensión religiosa de este terrorismo, sin embargo, no puede justificarse. Esta versión del Islam incluye a líderes religiosos enseñando a sus seguidores que es su deber religioso matar a los que no comparten sus creencias. El Islam puede ser considerado una religión que ha impulsado la paz y la civilización. Pero, como otras religiones, el Islam, durante algunos periodos de la historia, ha formado parte de un contexto en que los malhechores pueden vivir y reproducirse. Los escalones superiores del Islam todavía no han propuesto defensas doctrinales adecuadas contra ello, ni lo han condenado. Los sermones del viernes en las mezquitas de Oriente Medio, también de Europa y Norteamérica, fluctúan desde una línea pro-talibán a una apología transparente de los terroristas (como “lo que hicieron estuvo mal pero fue comprensible y no peor que el “terrorismo” llevado a cabo por EE.UU. e Israel”).

Muchas consideraciones públicas desde el 11 de septiembre han ignorado esta realidad mientras destacaban la ira y la desesperación de esos pueblos de Oriente Medio que viven en la pobreza, el desempleo y la escasez.

Pero los terroristas a quienes se persigue hoy frecuentemente no son los pobres y los oprimidos. Una y otra vez provienen de familias pujantes, son ricos y cultos, y tienen posibilidades favorables para sus vidas y carreras. Especialmente, Mohammed Atta, que pilotó el vuelo 11 de *American Airlines* contra la torre norte del *World Trade Center*, era el hijo instruido y consumado viajero de un acaudalado abogado cairota.

“La dimensión religiosa de los recientes ataques terroristas no puede justificarse. Los terroristas atacaron en nombre del Islam.”

Otra cosa distinta funciona aquí: la frustración por el fracaso de la región para prosperar económicamente y el resentimiento por ausencia de vías políticas hacia el progreso.

No hace muchos años, los estados de Oriente Medio árabe parecían bien colocados para unirse a las naciones asiáticas como candidatos al mundo desarrollado. Por extensión, volumen demográfico y riqueza, la región era un claro candidato al poder y a la influencia mundiales. Aun sin importantes recursos en petróleo, Oriente Medio y el Norte de África merecerían importancia geopolítica por la forma y situación de sus países en el

globo. Pero el mundo árabe-islámico no ha logrado una plena participación en la economía global. De hecho, si no fuera por el petróleo, Oriente Medio estaría por debajo de África en desarrollo económico.

Los regímenes de Oriente Medio basan su poder en un contrato con sus pueblos que las realidades económicas y sociales virtualmente hacen imposible cumplir. Al aumentar el descontento, las doctrinas del fundamentalismo islámico suministran argumentos para atacar a cualquier gobierno, sea cual sea su filosofía.

EL FRACASO DEL ESTADO

Ni la historia ni la verdadera fe islámica pueden justificar el pobre lugar de Oriente Medio en el mundo. ¿A qué se debe? La respuesta se halla en la penosa situación de la política y el gobierno en la región.

Los estados son los edificios y los actores fundamentales de las relaciones internacionales, y la diplomacia es el método por el que los estados intentan resolver los problemas entre ellos. La tradición política islámica, sin embargo, subraya la unidad perfecta de religión y poder, concepto incompatible con la misma idea de estado.

El gobierno tradicional islámico se basa en la *umma*, la comunidad de creyentes, que no debería conocer otros límites que la misma religión. La *charia* —ley basada en una lectura literal del Corán— tiene prioridad sobre el estado; además, no necesita la existencia del estado. El califato surgió de la necesidad, después de la muerte del Profeta, de establecer un centro político-religioso de poder. En tiempos modernos el Imperio Otomano reivindicó el califato. En 1924, cuando la revolución turca derrocó a los otomanos, el califato fue abolido.

Desde entonces, las elites arabo-islámicas no han podido encontrar una alternativa plausible al sistema de gobierno tradicional. Hoy en día, una sombra de ilegitimidad cae sobre todo poder político en el Islam, y la misma existencia de estados puede ser considerada prueba de costumbres no islámicas. Esta amarga realidad da fuerza a la fantástica sugestión de que una figura carismática como Osama ben Laden podría, mediante el terrorismo, purificar *Dar al Islam* (la morada del Islam) de impíos y reestablecer el califato.

El mundo árabe comprende hoy 21 países, miembros todos de la Liga de Estados Árabes. Pocos parecen cómodos con su propio orden estatal, salvo como un medio de poner un velo de legitimidad internacional sobre su propia versión de la gobernación. Algunos, como Marruecos, son monarquías hereditarias paternalistas cuyas cabezas dirigentes también están intranqui-

las. Algunos son regímenes laicos según el modelo nacional socialista, dominados por el partido Baas. Otros también, como Egipto y Siria, tomaron prestadas formas constitucionales de Occidente pero no han adquirido nunca legitimidad porque no han sido acompañadas de libertades democráticas. Un vistazo a toda la región descubre “estados” inauténticos que intentan funcionar en el ideal del panarabismo (una nación árabe) dentro de la entidad más amplia de estados miembros de la Organización de la Conferencia Islámica, donde, si se encuentra en algún sitio, reside el vacante oficio califal –con un compromiso por el “pan-Islam”. Todos estos conceptos entorpecen la plena participación de la región en el actual sistema internacional de estados. La ausencia de sistemas políticos creíbles y la incapacidad de participar en un mundo de poderes estatales promueve protestas bajo el estandarte del Islam.

“La frustración del mundo árabe por su fracaso económico alimenta su hostilidad con Occidente.”

Durante la década anterior, se ha evidenciado una gran contradicción entre los ideales del panarabismo por una parte y los esfuerzos por reforzar el estado por otra. La seguridad del estado se ha reforzado, al controlar éste los medios de comunicación. Legítimos integrantes de la oposición han sido aplastados, sobornados o cooptados.

Lo que parece ser una diversidad de formas de gobierno en los estados de Oriente Medio son modalidades de poder de un hombre fuerte, rodeado de una guardia pretoriana: en Omán, un sultán; en Yemen, un “presidente” militar; en Arabia Saudita, un rey y su familia con responsabilidades islámicas especiales de custodia; en Jordania, un rey de una simulada monarquía constitucional; en Egipto, un presidente y un parlamento relacionados sólo en el nombre con el significado occidental de estas instituciones.

Una familia o un séquito personal se apiña alrededor del gobernante. Dominan los que están cerca del poder; los débiles son descartados. El constante temor es que la oposición reprimida intente un golpe de estado. Este esquema representa un orden político fundamental y antiguo.

“Un mal cultural se ha extendido por Oriente Medio en los últimos años –la creencia de que todos los fracasos sociales se pueden atribuir a una conjura extranjera.”

Arabia Saudita encarna más vivamente estas contradicciones. Este país frágil y conflictivo no es sólo la patria de Osama ben Laden sino también el origen de su fortuna. El único estado con nombre de una familia y el único cuya legitimidad está basada en la protección del Islam, Arabia Saudita es considerado por su monarquía como la encarnación completa del Islam. Además, con su gran riqueza petrolífera, enormes gastos en infraestructuras y empresas privadas y entusiasmo por extender la ciencia y la educación superior, Arabia Saudita puede considerarse como un gran experimento para determinar si una moderna vida económica y tecnológica puede alcanzarse junto con una rigurosa interpretación del Islam. Sin embargo Arabia Saudita, con total aplicación del Corán a cada uno de los aspectos de la sociedad, es denunciada como palmariamente no islámica por la nueva oleada de terroristas. En 1996 Ben Laden dio una *fatwa* –dictamen religioso sobre una cuestión de la ley islámica– estableciendo como sus primeras metas la conquista de La Meca y Medina y el destronamiento del régimen saudita. Las afirmaciones de Ben Laden dejan claro que no podrá alcanzar sus metas mientras EE.UU. tenga presencia o influencia en el mundo islámico.

Los regímenes del mundo árabe-islámico han demostrado ser un fracaso. Ni uno ha sido capaz de dar a sus pueblos esperanzas fiables de un futuro libre y próspero. Los regímenes no han encontrado más vía para responder a la frustración de sus pueblos que la combinación de opresión interior y propaganda creadora de odio contra enemigos externos. Surgen en semejante terreno terroristas inflamados por la religión. Sus amenazas les reportan posibilidades y subsidios de los regímenes que aumentan su fuerza y su influencia. El resultado es una espiral descendente de fracasos, miedo y odio.

“Lo que parecen ser en los estados de Oriente Medio una diversidad de formas de gobierno sólo son variaciones de un único modo de enfocar la ordenación política del gobierno por un hombre fuerte.”

Semejantes sentimientos son intensificados por un virus cultural extendido por Oriente Medio: la convicción de que toda lacra social puede atribuirse a un complot o conspiración exteriores y que todo problema local carece de solución sin alguna acción –funestamente suspendida– de EE.UU. o alguna otra potencia exterior.

En las últimas décadas, incluso los norteamericanos hemos empezado a ser víctimas de la idea de que casi

todo problema mundial puede atribuirse a alguna falta nuestra.

¿QUÉ VIENE A CONTINUACIÓN?

Sin embargo, la situación en Oriente Medio ofrece a EE.UU. oportunidades para configurar positivamente la región y el marco internacional. Muchos gobiernos de la zona árabe-islámica que han acogido y apoyado a los terroristas han sentido una sacudida de conciencia por los ataques del 11 de septiembre. Estos regímenes han estado jugando un juego peligroso, agitando el odio popular de las fuerzas extranjeras sin concentrarse en los terroristas mismos. Los ataques contra la ciudad de Nueva York y Washington D.C. demuestran que la bestia terrorista puede haber escapado al control de sus guardianes.

“Todo régimen del mundo árabe-islámico ha demostrado ser un fracaso –todos ellos.”

Hoy se da una gran oportunidad para adaptar la guerra contra el terrorismo a metas positivas considerando la naturaleza y la extensión de la amenaza terrorista a casi todos los estados del mundo.

El estado es la entidad fundamental de las relaciones internacionales. La última década se ha caracterizado por la creencia en expansión de que el estado soberano está en regresión, de que la revolución de la información, la “sociedad civil” internacional, la globalización y otras fuerzas inexorables del cambio están volviendo obsoleto el estado; pero el estado sigue siendo la entidad vertebradora de la vida internacional, sin ningún sustituto a la vista.

EE.UU. debe ayudar a los regímenes árabes a darse cuenta de que su compromiso con su religión y con sus pueblos puede ser mejor reforzada mediante un compromiso del estado. Aunque una forma de gobierno

más perfecta puede ser imaginable, ninguna es realizable en esta época de la historia.

El terrorismo es la última arma contra el estado. Así pues, la nueva guerra contra el terrorismo proporciona una articulación natural a los estados existentes y al sistema internacional de estados que se remonta al siglo XVII. Este sistema sigue siendo la piedra angular de todo lo que se lleva a cabo en el ruedo mundial.

Un enfoque revitalizado, centrado en el estado y netamente antiterrorista podría contribuir a resolver algunos de los feroces conflictos mundiales, en casi todos los cuales intervienen dos comunidades que se niegan a formar parte de un solo estado. Si el terrorismo puede ser verdaderamente eliminado, el temor que dificulta el camino del arreglo será reducido notablemente en lugares como Irlanda del Norte y Cachemira. Estos y otros conflictos no pueden cerrarse rápida ni fácilmente, pero la victoria en la guerra contra el terrorismo podría cambiar el panorama internacional en otro más aceptable de paz y estabilidad.

Adaptado de “A Herculean Task: The Myth and Reality of Arab Terrorism,” de Charles Hill, que aparece en el libro *The Age of Terror: America and the World after September 11*, editado por Strobe Talbott y Nayan Chanda (Basic Books, 2001) [...]

Charles Hill, funcionario de carrera en el U.S. Foreign Service, es investigador de la Institución Hoover.

Copyright © 2007 by the Board of Trustees of Leland Stanford Junior University Phone: 650-723-1754.